



CUADERNOS
DE HORIZONTE

LDH

Al pie de la Torre Eiffel

EMILIA PARDO BAZÁN

PRÓLOGO DE
ANA RODRÍGUEZ FISCHER

SOBRE LA AUTORA

EMILIA PARDO BAZÁN (LA CORUÑA, 1851 – MADRID, 1921)

Escritora, periodista, feminista, ensayista, catedrática y traductora, entre algunas de las muchas disciplinas que practicó, fue una de las figuras más importantes de la corriente naturalista de finales del XIX en España. De temperamento inquieto y curioso, atesoró una gran cultura sin pasar por la Universidad (vetada a las mujeres en su tiempo) y viajó incansablemente por España y Europa. Su mirada cosmopolita sobre la sociedad de su tiempo, la influencia de la cultura francesa y su talante reivindicativo en pro de la igualdad para las mujeres, la convierten en una intelectual siempre atenta a cuestiones sociales. Entre los relatos de viaje que escribió, las crónicas dedicadas a París para varios medios de España y Latinoamérica la desvelan como una observadora atenta y sagaz.

SOBRE EL LIBRO

Con fascinación y horror, a partes iguales, seguía el mundo la construcción del *coloso de hierro* que se levantaba en París como gran atracción de la Exposición Universal de 1889. Entre los enviados especiales de la prensa se encontraba doña Emilia, una experta viajera y eficaz reportera que da cuenta en estas crónicas de los pormenores del acontecimiento. La vemos lidiar con sus cocheros, protestar por los precios de los hoteles, evaluar la situación política, reflexionar sobre algunas de las figuras de la cultura, extasiarse ante las novedades tecnológicas o calibrar la oportunidad de la moda del momento: el traje pantalón al que alaba entusiasta en pro de la libertad de movimientos de las mujeres.

Es un París que conoce bien, hervidero de novedades, intrigas y excentricidades que ella recoge con talante ameno, chispeante y hasta divertido. La escritora disfruta prestando sus ojos y oídos a lectores lejanos que, como ella, admiran la batahola de sucesos que trae la modernidad a la entonces capital del mundo.

La franqueza, la naturalidad y la espontaneidad caracterizan a una narradora que no pierde de vista a su lector.

ANA RODRÍGUEZ FISCHER

*Al pie de
la Torre Eiffel*

EMILIA
PARDO BAZÁN

Título original:
Al pie de la Torre Eiffel.
La España editorial, 1898.

Título de esta edición:
Al pie de la Torre Eiffel

Primera edición en
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
febrero de 2020

© de esta edición:
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

© del prólogo: Ana Rodríguez Fischer

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

ISBN ePub: 978-84-17594-56-5 | ITHEMA: WTL; 1DDF

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CUADERNOS
DE HORIZONTE
SERIE
¿QUÉ HAGO
YO AQUÍ?

*Al pie de
la Torre Eiffel*

EMILIA
PARDO BAZÁN

PRÓLOGO DE
ANA RODRÍGUEZ FISCHER



EMILIA PARDO BAZÁN
(1851 - 1921)



Al pie de la Torre Eiffel

UNA APASIONADA ESTETA
AL PIE DEL COLOSO DE HIERRO

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS

EN BURDEOS. RECUERDO A BARCELONA
PARÍS NECESITA REY. TRIUNFO DEL PUEBLO

LA INAUGURACIÓN

LA EXPOSICIÓN POR FUERA

COCHEROS Y REPRESIÓN

GENTE MENUDA

PRO PATRIA

EL GIGANTE

TRAPOS, MOÑOS Y MERENDENGUES

EL PIE DE LA ESTATUA DE ZUINGLIO

BAVARIA

UNA CIUDAD GÓTICA: NÚREMBERG

UNAS AGUAS ELEGANTES

EL TEATRO EN FRANCIA. SARA BERNHARDT

ALGO DE ESPAÑA Y AMÉRICA

EPÍLOGO

NOTA DE LA EDITORA

UNA APASIONADA ESTETA
AL PIE DEL COLOSO
DE HIERRO

ANA RODRÍGUEZ FISCHER



En la España de su época, doña Emilia Pardo Bazán fue una viajera impar que dejó testimonio de sus experiencias nómadas en varios libros¹, de entre los cuales quiero ahora destacar *Al pie de la Torre Eiffel* y *Por Francia y por Alemania (Crónicas de la Exposición)* (1889)², dos volúmenes unitarios que además responden a una modalidad muy característica del momento, el reportaje de actualidad, que tenía por objeto cubrir la información sobre cualquier acontecimiento que fuese de interés para el lector: la inauguración de un tramo ferroviario o la aparición de otros ingenios fruto del progreso técnico, pero también las novedades y la moda en sus múltiples manifestaciones.

Ahora bien, de entre esos posibles focos de curiosidad, las visitas y relatos referidos a las célebres Exposiciones Universales llegaron a constituir casi un microgénero literario o periodístico. Ya una de ellas centraba el *Viaje a París en 1855* del joven Alarcón, acérrimo enemigo de la España del Antiguo Régimen tras el desencanto con la revuelta de julio de aquel año y exaltado francófilo para quien París y su Exposición eran «la suprema altura de la marea humana, el resultado de mil pasados siglos combinados [...], siempre coronado con la última piedra asentada en el edificio misterioso de lo porvenir»³. La propia doña Emilia, con anterioridad a esta de París de 1889, es probable que visitara la Exposición Universal que se celebró en Viena del 1 de mayo al 31 de octubre de 1873⁴, según puede suponerse a partir de la lectura del citado *Apuntes de viaje. De España a Ginebra*. Igualmente, otras exposiciones de ámbito más reducido y específico —como la gran Exposición báltica que se celebraba en Malmö (Suecia) de la que nos habló Carmen de Burgos durante su viaje de 1914⁵ atraían los pasos de los viajeros. Para Baroja, las exposiciones universales fueron una invención del siglo XIX cuyo «aire docente y al mismo tiempo colosal» expresaba muy bien el carácter de los primeros años de aquel siglo, cuando «la filosofía, la literatura,

la ciencia, la música y la industria avanzaron en triunfo»⁶. Según él, una de las tendencias de las exposiciones fue «el crear el gusto por lo colosal», puesto que de ellas salieron «las galerías de máquinas, los palacios de cristal y, sobre todo, la torre Eiffel que, en su tiempo, y durante muchos años, ha sido como el gran atractivo moderno de la ciudad de París para los tontos. Algunos tradicionalistas franceses de gusto estético protestaron contra ese aparato de hierro que tiene más aire de andamio que de una torre auténtica; pero en este caso, como en muchos otros, los modernistas triunfaron». Es evidente que Baroja se alinea con los primeros y no con quienes la exaltaban como verdadera apoteosis del progreso y de la sublime ingeniería, aunque la emblemática torre enseguida volvería a pasar por el más ingrato de los descréditos hasta que ciertas tendencias racionalistas de la arquitectura y del arte de vanguardia encontraron en ella un precedente y un modelo, y los poetas empezaron a «madrigalizar» a los pies del coloso⁷.

La razón de centrar mi estudio sobre Pardo Bazán en tanto que viajera⁸ obedece al interés que ofrece porque, entre otros muchos temas de gran actualidad, recoge el impacto que causó «el coloso de hierro» —un tema que ya no está en su siguiente libro nómada. *Cuarenta días en la Exposición*—. Además, en estos textos Pardo Bazán nos habla ya desde su veteranía viajera y con un amplio conocimiento de la capital francesa, que habría visitado por primera vez en 1871 en compañía de toda su familia⁹. Por esas mismas fechas, empezó también a escribir un *Diario de viaje* que no llegó a publicar nunca, pero cuyo cultivo sin duda la familiarizó con el hábito de escribir, a juzgar por lo anotado en sus *Apuntes autobiográficos*, donde afirmó que «desde entonces fue para mí una necesidad apremiante el tener emprendido algún trabajo o estudio; señal de que la reflexión empezaba a sobreponerse a la perezosa alegría y vagancia de los tiernos años juveniles»¹⁰. No me parece disparatado suponer que algunas de aquellas primeras «im-

presiones» o anotaciones pasarían, reelaboradas o no, a formar parte de *Un viaje de novios* (1881), cuyo capítulo XIII transcurre en la gloriosa capital. Imagen nostálgica de aquellas tempranas estancias —a las que habría que sumar la de 1886 y la de marzo de 1887¹¹— la encontramos en las páginas de *Al pie de la Torre Eiffel*: «Yo sé que en París todo resulta, porque conozco aquella capital. Dos o tres inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro a doce de la noche la del incansable turista y observador»¹².

La razón de haber seleccionado, de entre los libros de viaje de doña Emilia, estas *Crónicas*, obedece a que el perfil de la viajera que ahora encontramos ofrece interesantes variaciones respecto a otros. También el motivo y el objeto del viaje. Pardo Bazán lo hace en calidad de cronista de *La España Moderna*¹³. Escribe, por consiguiente, para los lectores de esa publicación y más de una vez, ante ciertos reproches o recomendaciones, no vacila en sacrificar el conveniente o recomendable patriotismo en aras de la verdad y la fidelidad al lector. Hay una dimensión de servicio al público en estas relaciones, que se percibe tanto en algunos detalles prácticos —la prevención sobre los precios abusivos de algunos hoteles, o la reventa de billetes, y las recomendaciones para elegir restaurantes y menús, e incluso sobre el trato que conviene dispensar a los cocheros—, como en declaraciones directas y francas pese a que al parecer alguien le aconsejaba «que no comunicase estos detalles a mis lectores de la América del Sur, a fin de que no formasen mala idea de cómo andamos gobernados y regidos los españoles». Estamos ante una narradora que ha asumido resueltamente la premisa de su querido Padre Feijoo y escribe para que sus lectores no se llamen a engaño.

No será la única ocasión en que la cronista reaccione vehementemente contra según qué tipo de hipócritas recomendaciones. La verdad es un valor que para ella está por encima de miserables conveniencias mundanas; no en vano

se ganó el calificativo de *Capitana Verdades*, por su sinceridad y atrevimiento.

Y conviene anticipar ya que este rasgo de transparencia, franqueza y espontaneidad es constante en una escritora que jamás se sentirá tentada por aparentar conocimientos que no tiene, declarando limpiamente omitir o excluir de su relación asuntos que no le son conocidos o para los cuales no se siente competente; ni tampoco vacilará en desvelar las fuentes en que se apoya al abordar cuestiones que no presenció, pero para las cuales cuenta con otro narrador fiable, o bien de asuntos que no le son muy propios, como todo lo referido al desarrollo industrial. Cuando sus escasos conocimientos para tratar de ciertos aspectos la obligan a recurrir a la comparación, pese a ser muy consciente de lo inadecuada que tal perspectiva resulta, declara abiertamente a sus lectores los riesgos de emitir juicios comparativos entre naciones. También es consciente doña Emilia de que una relación periodística como la suya puede ir acompañada de defectos, ya que por las condiciones en y desde las que escribe no puede ser esta una obra «de observación profunda, de seria y delicada análisis, de fundada doctrina, ni de arte reflexivo y sentido, elaborado en los últimos camarines del pensamiento o en las delgadas telas del corazón»¹⁴.

Líneas como las recién citadas no responden ni mucho menos al manido tópico de la *captatio benevolentiae*, pues a continuación se observa la clara conciencia que ella tenía de cómo «la necesidad de escribir *de omni re scibili*», siempre deleitando e interesando aunque se traten materias «de suyo indigestas y áridas», la obliga «a nadar a flor de agua, a presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación o recrear el sentido con rápido vislumbre, a modo de centella o chispazo eléctrico». Es, desde luego, una fórmula que bien podría pasar a formar parte de un decálogo para uso de cualquier cronista responsable. Además, la autora tiene muy en cuenta las limitaciones que las modernas condicio-

nes del viaje imponen, máxime si tenemos en cuenta que ella aborrecía tomar apuntes¹⁵:

... la vida es muy corta, las aficiones múltiples, el campo vastísimo, y rara vez nos encontramos en situación de dar vado a nuestro gusto en estas materias. De las grandezas que hemos entrevisto así, hablamos después por la rápida impresión experimentada, y que ha sido, rigurosamente, el deslumbramiento de un relámpago: nuestro juicio es, y tiene que ser, deficiente y aventuradísimo; nuestra memoria, infiel; nuestra opinión, poco madura y nada decisiva para la cultura artística del que nos lee. Esto es verdad, verdad inconcusa, como lo es también que el hombre es falible, y en arte y en todo yerra: yerra después de maduro examen, yerra aprisa y yerra despacio, yerra de palabra y yerra por escrito... y también acierta en ocasiones como el borriquillo del inmortal fabulista¹⁶.

Por ello, jamás se sentirá tentada de disfrazar su ignorancia ni de ostentar conocimientos que no posee para encumbrarse ante el lector, un comportamiento no precisamente infrecuente, pero que a ella le resulta pueril, según manifiesta en este mordaz comentario:

Siempre juzgué gran niñería el aparentar poseer casillas intelectuales que nos faltan; yo no tengo la bosse o chichón de la mecánica: quédese para los hombres políticos, cuando un viaje o tournée electoral, el fingirse extasiados en una fábrica de tejidos de algodón, vg., cuando realmente dudan si el algodón lo produce una planta o si es el capullo de algún gusano¹⁷.

Por consiguiente, la franqueza, la naturalidad y la espontaneidad caracterizan a una narradora que no pierde de vista a su lector, cuya continua «presencia» explicaría también la llamativa galofobia de algunos textos¹⁸ —y que me sor-